

La contradictoria legitimación del capitalismo monopolista transnacional. Una visión desde el marxismo

MSc Joel González García

ITM José Martí

Desmitificar los mecanismos de legitimación del Modo de Producción Capitalista constituyó para Marx no solo una clave de interpretación histórica, sino un elemento orgánico de su modo de pensamiento.

Continuar desarrollando esta tarea, obviamente inconclusa, se torna imperioso, si se tiene en cuenta la ausencia de estudios teóricos sistémicos en este dominio por parte del marxismo contemporáneo y la necesidad de responder activa y críticamente ante los cambios y mutaciones que tienen lugar al interior del Modo de Producción Capitalista (en lo adelante MPC).

El término legitimación es, en virtud del número sin par de sus definiciones, un vocablo provechosamente ambiguo, indefinido e encubridor de significados reales. Su homonimia ha sido utilizada por juristas, políticos y filósofos para deslizarla de una connotación a otra, dejando tras de sí una estela de significados incapaces, generalmente, de mostrar la comprensión de su verdadero fundamento.

Un primer cometido de estas breves reflexiones, entonces, deberá consistir en ofrecer una aproximación conceptual a lo que constituye el objeto de nuestra reflexión: la legitimación del Modo de Producción Capitalista.

Quede claro, sin embargo, que más que un afán de precisión filológica o política, nos interesa revelar los nexos *esenciales* que determinan su existencia; es decir, el problema de la función que desempeña en una totalidad socio-histórica cuya sustancia es un modo específico de fundamentación ideológica del Modo de Producción Capitalista

Lo primero es que el término “legitimación” por sí solo no expresa nada ni teórica ni políticamente, pues se trata no del peso absoluto del capitalismo en la historia sino de una forma de contenido.

Entendemos por legitimación del capital, y vale la pena que lo subrayemos desde el comienzo, el proceso a través del cual la burguesía encubre los antagonismos de clase que produce y reproduce el MPC para mantener la estabilidad del status quo. Es la afirmación omnipresente de las condiciones y de los fines del sistema de explotación burgués.

Condicionada por el hecho de que no puede ni quiere pensar objetivamente el sistema de dominación existente, la legitimación del MPC se presenta como la exaltación irrealista de la sociedad real, como la justificación de una sociedad sin justificaciones. Por eso, es poder que se piensa a sí mismo; conciencia de una época histórica determinada, y en cuanto tal, ideología, o sea, sistema de ideas que figuran, en este caso, como contenidos de una falsa conciencia que la formaliza y convierte en hipóstasis de una realidad invertida.

Como tendencia a elevar la particularidad egoísta de la burguesía a rango de universalidad, la justificación del MPC es la constatación ideológica de una realidad enajenada que se legitima reproduciendo la propia enajenación.

Y es que dicho proceso viene de la mano de la incapacidad del sistema para devenir necesidad interna de la sociedad; emerge como marco externo a los individuos, como constreñimiento a su independencia originaria.

Lo que nos invita a participar en la edificación del mundo global es también lo que nos excluye. Lo que nos intima a pensar en su posible racionalidad es también lo que da sustento a su irracionalidad. El problema radica, como señala Mészáros, a quien parafraseo, en que particularidad y universalidad, en su reciproca oposición, constituyen elementos de una misma relación enajenada.”

Incapaz de aceptar o promover cualquier elección que pueda hacer peligrar seriamente la reproducción constante del capital, la burguesía reconsidera incesantemente sus construcciones ideológicas mediante procesos de metamorfosis que enuncian y complementan la forma en que se justifican el antagonismo de clase inherentes al capitalismo.

Es por ello que la legitimación del capital tiene que ser pensada como un orden en movimiento e inserto en la historia; es móvil, siempre cambiante. No ocurre invariablemente de la misma manera ni en la misma intensidad; comprende las relaciones de dominación y subordinación según sus configuraciones asumidas, sobre todo, como conciencia práctica.

A nuestro juicio, la forma en que se justifica el capitalismo de hoy es cualitativamente diferente por dos razones principales. Primera, en el presente ciclo de acumulación capitalista la justificación del sistema ha pasado a una etapa en la que el rasgo predominante y creciente es la lógica de la construcción unilateral del orden global, o sea, de la concentración de la producción, de la distribución y de las comunicaciones en las manos de grandes empresas menos y menos numerosas. La segunda razón refuerza considerablemente a la primera pues tiene que ver con la adopción de nuevas estrategias y la revaluación del sentido y significado de los conceptos aceptados como válidos hasta hace poco tiempo.

Estos cambios, queremos insistir, no son la expresión de una alteración esencial de los fines e intenciones legitimadoras del capital, sino apenas un momento de su evolución. Lo novedoso, es que ocurre en medio de un contexto político – social inédito en la historia de la humanidad, caracterizado por la exacerbación más feroz de los sentimientos de hegemonía imperialista liderada por los EEUU.

Transformada en razón absoluta por la posesión del poder absoluto, la burguesía transnacional explica y justifica el ordenamiento cósmico y ontológico del sistema de manera totalitaria; es decir, como afirmación omnipresente de que no existen ni se permitirán alternativas al sistema de dominación en curso. El problema no reside ahora solamente en construir una credulidad del sistema, sino en certificar por la “legalidad” y la fuerza los ideales que norman o que deben normar el comportamiento socialmente significativo de todos los seres humanos en el planeta.

La legitimación del capital monopolista transnacional expone y manifiesta en su plenitud la esencia del sistema ideológico capitalista: sujetar a los hombres al ideal social burgués mediante el sometimiento y la negación de la vida real.

Se trata, en efecto, de la capacidad de la oligarquía financiera transnacional para reducir mediante diversas mediaciones, el espacio de maniobra del adversario, de su agudeza para incorporarse a una cultura, a un sistema de necesidades e intereses de tipo clasista lo cual

entraña, “una determinada cosmovisión, una determinada concepción de la sociedad, un determinado apoderamiento del pasado, del presente y del futuro, un determinado modo de organizar la memoria histórica del sujeto y de apoderarse de su realidad.”¹

Ahora bien, en tanto esta antítesis no sea comprendida como un antagonismo entre el trabajo y el capital, será todavía un antagonismo indiferente, no concebido en su relación activa con un nexo interno, es decir, aún no concebida como contradicción.

Un análisis integral de la manera en que se pretende legitimar el capitalismo, está obligado a tomar en consideración que a medida que se desarrolla este modo de producción antagónico, sin importar el grado de elaboración y mistificación de las tentativas de ocultar su verdadera esencia, va acentuándose el rasgo de la socialización capitalista del trabajo, provocando que el producto social de millones de personas se convierta en propiedad privada de una minoría de capitalistas.

Del mismo modo, hay que pensar que la legitimación del capitalismo contemporáneo, como proceso social, se constituye en relaciones de clase que definen el modelo por el cual se acentúa la distancia creciente entre el trabajador y su producto. Marx da cuenta de ello en *El Capital*, cuando señala: “la forma económica específica en que se arranca al productor directo el trabajo sobrante no retribuido, determina la relación de señorío y servidumbre [políticos] tal como brota directamente de la producción y repercute, a su vez, de modo determinante sobre ella. La relación directa existente entre propietarios de las condiciones de producción y los productores directos es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda construcción social”².

La legitimación del capitalismo de hoy, es uno de los supuestos necesarios para constituir la relación social burguesa; está presente en ella todo el proceso de producción y reproducción del sistema; cada categoría, cada elemento, cada mecanismo de explotación del sistema. Enfocando bien el asunto, se trata de un servicio social mercantilizado, o sea, de un valor de cambio. En este caso, el usuario que paga por el servicio es la oligarquía financiera, mientras los mercaderes de la ideología, los inquisidores de alternativas, cobran por él. Todo se reduce a su «resumen absurdo» (Marx 1867): D - D'.

Lamentablemente esta relación continúa siendo invisible para la «mirada sin dotación filosófica, para el simple sentido común» (Gramsci). Existe el espejismo, quizás mucho más próximo de lo que pensamos, de quienes parecen no darse cuenta que es imposible comprender un proceso de este tipo si no se ve la producción y reproducción de la vida material como el elemento ontológicamente primario, que la lucha por legitimar el sistema, en última instancia, es la lucha por la plusvalía.

Quede claro, sin embargo, que los nexos que permiten comprender la naturaleza y funciones de la legitimación de un sistema con el régimen económico que le otorga su determinación social específica no son una simple relación de causa y efecto entre una situación económica y una situación político-social, sino una relación de identidad dialéctica.

La relación de causalidad es algo mucho más complejo; implica acción y reacción, interdependencia y contraste. La burguesía transnacional no ejerce la dominación ni la legitimación del sistema por el simple hecho de ser dueños de los medios de producción. La titularidad de propietario es una condición necesaria, pero no suficiente.

¹Limia, David: *Ideología e Ideales en la Revolución Cubana*. Revista Contracorriente, octubre, Noviembre, Diciembre 1997, año 3, No 10. 123

² Marx, Carlos: *El Capital*, t. III, Edit Ciencias Sociales. La Habana 1980. p 733.

Los esfuerzos por legitimar el capital representan una totalidad dinámica que opera no sólo sobre la estructura económica y la organización política de la sociedad, sino además, especialmente, sobre el modo de pensar, sobre las orientaciones teóricas, y hasta sobre el modo de conocer de los diferentes sujetos sociales. Del mismo modo, hay que pensar que “la totalidad sin contradicciones, como nos sugiriera Kosik, es vacía e inerte y las contradicciones fuera de la totalidad son formales y arbitrarias”; que la totalidad se diluye en una abstracción metafísica si no considera simultáneamente a “la base y la superestructura” en su recíprocas relaciones, en su movimiento y desarrollo; si no se tiene en cuenta que son los hombres y mujeres “como sujetos históricos reales” quienes crean en el proceso de producción y reproducción social tanto la base como la superestructura, construyen la realidad social, las instituciones y las ideas de su tiempo, y que en esta creación de la realidad social los sujetos se crean a sí mismos como seres históricos y sociales”.³

En verdad, la legitimación del capital - y en esto consiste la hipótesis que proponemos aquí para la discusión- es solo una expresión metafórica; no hubo ni puede haber legitimidad efectiva de un sistema social donde prima lo irracional; donde cada hombre se convierte -vía al mercado- en un lobo para el hombre (Hobbes) y cuyas trayectorias individuales mutuamente excluyentes son organizadas por la "mano invisible" (de Adam Smith y sus discípulos contemporáneo).⁴

El poder del capital transnacional es el poder de un mundo ilusorio: cuanto más fuerte es, más afirma que no existe, y su fuerza le sirve antes que nada para afirmar su inexistencia. Del mismo modo, «no se puede juzgar un tipo histórico de sociedad por lo que esta piensa de sí misma» (Marx) esto es, por el conjunto de sus ideologías. La verdad, como los valores, no depende de las aspiraciones subjetivas de quien la presente, sino de la significación real que pueda adquirir dicho acto para la sociedad, significación que no tiene, necesariamente, que coincidir con los fines que guiaron su creación; se puede ocultar, se puede camuflajear, pero no transformar por ningún procedimiento, incluso, ni por el más democrático.

La legitimación del MPC es la expresión de las contradicciones sociales y por ello será superada históricamente por una sociedad donde el pensamiento y las ideas no nazcan del terreno de las contradicciones antagónicas, sino de la libertad, lo cual no existe ni puede *aún* existir dado el carácter contradictorio de nuestra época. Por el momento, sería un error subestimar la capacidad desarrollada por el gran capital para confundir, para reciclar valores que convaliden sus requerimientos económicos, políticos, jurídicos y culturales; la prueba más fehaciente que tenemos de este plus, es que sigue existiendo. Aun condenando a muerte por la historia.

La lucha contra el capitalismo no es, en modo alguno, un asunto circunstancial, subordinado virtualmente a las tareas de un orden más elevado o futuro. El problema está planteado de forma tal, que lo que está en juego ahora no son simples postulados. Se trata, sobre todo, como señalara el compañero Fidel de forma reiterada, de la lucha por la supervivencia de la especie humana.

³ Kosik, Karen: *Dialéctica de lo Concreto*. Edit Grijalbo. México 1967 P. 74.

⁴ Breve introducción a la historia del pensamiento filosófico-político. Segunda parte. Colectivo de autores Instituto de Filosofía de Cuba. Sin publicar. P 34.